

DOCUMENTOS

Los años cincuenta en Chile: una retrospectiva

Introducción

“Se precisa del momento para crear la eternidad”. Ese fue el comentario que el maestro Fré Focke escribió en la partitura de la nueva obra que le presentaba su entonces discípulo Manfred Max Neef. Medio siglo más tarde, el 5 de junio de 1996, Focke, holandés errante ahora definitivamente ausente, gatillaba un nuevo momento de eternidad en el evento en que músicos chilenos –muchachos de los 40/50– se reunían públicamente junto a los muchachos de los 90. En esa coyuntura –como señala Gabriel Matthey– el silencio histórico fue virtualmente superado por el testimonio vivo de sus protagonistas y se estableció un puente de comunicación intra e inter generacional.

Estas páginas son una prolongación escrita de ese momento, enriquecido con las voces de otros músicos, miembros de la diáspora chilena de tantos y tantos años. Representan, además, un esfuerzo de la Revista Musical Chilena en pro de la activación y enriquecimiento de nuestra memoria y tradición musical.

Los fragmentos testimoniales aquí reunidos constituyen una inusitada y saludable convergencia en la que se palpa el pulso y sentido de una época bullente de actividad. Cristalizan, como lluvia fresca, recuerdos del Chile musical y artístico de los años 50, que sugieren renovadas aproximaciones e interpretaciones de ese tiempo ido –dimensionado como fiesta, como certidumbre de expansión y despegue cultural–, de los que surge por contraste un dramático testimonio del tiempo que vivimos y las tareas que se vislumbran para el siglo que viene.

Rodrigo Torres

La década 1950-60 en la música chilena

Domingo Santa Cruz, inspirador y cabeza en la Universidad de Chile de cuanto se había logrado en el terreno de la música, escribió –al cumplirse la primera mitad de este siglo–, que ésta se había levantado de constituir “una actividad de rango secundario” a gozar de “una jerarquía de calidad primera en el campo intelectual”¹.

Esto constituía una realidad absoluta. Era la descripción de un despertar y crecimiento que, por lo menos, había colocado a Santiago a un nivel musical que sólo podía disputarle Buenos Aires en Latinoamérica, y reconocido en Estados Unidos y Europa. Yo había podido comprobarlo en una reciente gira por Inglaterra, Francia e Italia y poco antes en Estados Unidos.

La segunda mitad del siglo se inicia en la música dentro de la Universidad de Chile con una Facultad de más de veinte años, bajo cuya égida funcionaba un Conservatorio que había sobrepasado los cien años de enseñanza especializada de la música, y un Instituto de Extensión Musical de casi diez años dedicados a la difusión de aquélla a través de los conjuntos que financiaba.

Al margen de la Universidad de Chile comenzaba a surgir una serie de instituciones dedicadas a la enseñanza y difusión, expandiendo el patrocinio de la música más allá de su propia órbita, y lo que es más importante, más allá de la capital, lo que con algunas excepciones se había realizado antes.

Esto es –creo yo– lo que caracteriza a la década que se me ha pedido analizar, la distingue de las precedentes, en que el quehacer musical pareció limitado, casi en su totalidad, a lo ofrecido por la Universidad de Chile y circunscrito a Santiago.

¹Domingo Santa Cruz. “Medio siglo” (Editorial), RMCh, VI/37 (otoño, 1950), p. 3.